

que toda criatura normal se plantea las mismas cuestiones, tanto si las manifiesta como si no. En este último caso es muy probable que tenga de las cuestiones sexuales una idea pecaminosa —fácilmente adquirible por comentarios que haya oído en ese sentido— y se avergüence de expresar su curiosidad.

La opinión de la Iglesia

Como es lógico, no sería útil ni juicioso instruir a un niño de cuatro años como se haría, sobre el mismo tema, con un adolescente. Lo que médicos y pedagogos aconsejan es no mentirle; pero tampoco exponerle una verdad completa, con detalles que su edad no le permiten comprender.

Decir a un chiquillo que él se ha formado en el seno de su madre, es suficiente para que se dé por satisfecho. Le resultará tan natural como que la semilla que siembre en un tiesto dé flores y más tarde fruto. Todo depende de dar a la respuesta un tono sencillo, sin rubores absurdos ni solemnidad alguna.

Y, sin embargo, ¡qué difícil es para muchos el emplear esta fórmula! Les parece mucho más cómodo o «bonito» inventar barrocas historias de cigüeñas o coles, que no coinciden con las observaciones recogidas por el propio niño —muchas más de las que suponemos— y que los mismos padres se encargan, distraídamente, de desmentir en conversaciones que los pequeños escuchan.

Hace algunos años, en el curso de unas conferencias que sobre pedagogía infantil tuvieron lugar en Barcelona, un sacerdote expuso este tema de la educación sexual presentando como ejemplo utilizable, lleno de belleza y claridad, la frase del Avemaría «y bendito sea el fruto de tu vientre». «Si esto se enseña a los niños, ¿por qué no decirles que también ellos son fruto del vientre de su madre?». Y una señora que escuchaba, exclamó, escandalizada: «¡Este cura es un liberal!»

Ignoraba que la Iglesia ha manifestado su posición a este respecto preconizando el empleo de la verdad. «Creemos que la práctica del silencio erigido en sistema o deseada como principio es una táctica peligrosa y manifiestamente perjudicial para el interés del niño y de la sociedad». Son palabras del cardenal Verdier, que ya en 1929 declaraba también: «La tarea de revelar los misterios de la vida y los deberes que ellos nos crean, no debe dejarse ni al instinto ni al azar de un encuentro criminal».

Conceptos «liberales», sí; pero no en el sentido peyorativo empleado por aquella señora, sino en el más luminoso que tiene la palabra.

La hora de la verdad

El camino de la explicación sencilla, progresiva y limitada —no tergiversada— va preparando al niño de modo que al llegar la adolescencia, con toda la compleja transformación que acarrea, la verdad no ha de sorprenderle ni atemorizarle.

Queda un interrogante en pie, que es precisamente el motivo de las reuniones a que nos referimos al principio y el de múltiples discusiones entre padres y educadores. ¿Es deseable que la educación sexual se imparta en las escuelas?

Hacia esta solución se inclinan la mayoría de los psicólogos, como complemento de una iniciación efectuada por los progenitores; pero sólo dos países, hasta ahora, han incorporado esta asignatura a la enseñanza general: Suecia, desde 1920, y Alemania occidental, desde 1948.

Podría aducirse, en una argumentación contraria a la conveniencia de este sistema, la evidente crisis de la juventud escandinava, con su proliferación de divorcios y suicidios que algunos atribuyen, precisamente, a la libertad sexual existente.

Sería llegar a una conclusión precipitada. La libertad sexual excesiva no ha de ser consecuencia necesaria de la información sexual. Más bien debe atribuirse a la manera parcial o equivocada de enfocar el problema. Presentar la sexualidad como un mero aspecto de la higiene, sin tener en cuenta su estrecha relación con los valores sentimentales y espirituales, con todo lo que hay de más puro en el hombre, es menoscabaría, tergiversarla. En cambio, vista desde este ángulo, que es el verdadero, no puede más que crear beneficios positivos.

La función esencial del ser humano, dar la vida, aparece así en su trascendental importancia, en su infinita belleza. Y conocerla es proporcionarle el respeto y la dignidad moral que merece.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



Conjunto de abrigo y dos piezas creado por Dior. El abrigo, 6/8, de lana beige, roja y negra, es de línea cuadrada y lleva doble hilera de botones. El traje de chaqueta, de lana marrón, se cierra a un costado.



Un grueso «tweed», de lana azul y roja, se ha utilizado para realizar este vestido de noche de Grifffé. Por el escote y la amplia sisa asoma una pieza de terciopelo negro. Con este mismo tejido va forrado el amplio chal.

LANA A TODAS HORAS

La industria textil trabaja constantemente en el logro de nuevas calidades, dibujos, colores. La elección es cada vez más amplia y tentadora y casi no hay temporada en que no se ofrezca un nuevo tejido que viene a añadirse a la ya vasta colección existente. Sin embargo, las fibras de reciente invención no han conseguido desterrar a las tradicionales. Aun teniendo en cuenta su belleza y sus ventajas, éstas no son tantas que puedan hacer olvidar las clásicas: la seda natural y la lana. Este último tejido es insustituible para la época de los grandes fríos. Su agradable tacto, la elegancia de su caída, su diversidad de grosores, colorido y dibujo, lo hacen apropiado a toda clase de prendas, desde las destinadas a las horas de la mañana, hasta aquellas que van a lucirse en las ocasiones de gala.

En todas las colecciones de grandes firmas aparecen trajes de lana para cóctel, y largos, suntuosos, confortables, para recepciones íntimas. Pero no se utilizan sólo los tejidos ligeros, fáciles de drapear, como son el «crêpe» o el «tricot», sino también otros que hasta ahora sólo se empleaban en la confección de abrigos o trajes de chaqueta, como el «tweed», el chevot y el paño.

La nueva generación en tejidos de lana es simple, discreta, sin nudos ni rizos: superficies lisas, a veces ligeramente peludas, pero con bases compactas que muestran, en ocasiones, metódicos acanalados.

La línea también ofrece novedades. Se ha dividido en «pisos». Los abrigos no tapan por completo el vestido o la falda. Son 9/10, ofreciendo un efecto de túnica. Y lo mismo ocurre con las faldas de los sastres y de los vestidos. Estos últimos llegan a tener hasta tres y cuatro «pisos» distintos. Sobre todo los de noche, formados por plisados, volantes o bieses.

Las faldas se acortan, hasta descubrir la rodilla, durante el día y se alargan, hasta tapar las pantorrillas, por la noche.

Los hombros se estrechan. El talle se afina y se sube. De día, la silueta es joven, cómoda, dinámica. De noche, se estiliza, se alarga, deja la espalda o el escote al descubierto, pero cubre los brazos, misteriosamente, hasta la punta de los dedos.

Las mujeres que puedan vestirse en una casa de alta costura encontrarán todas estas novedades al alcance de su gusto. Pero también se puede ir a la moda sin hacer gastos excesivos, escogiendo un vestido en un gran almacén. La confección es cada vez mejor y atiende cuidadosamente a seguir las directrices emanadas de los grandes creadores. Y en el caso de que no se disponga del dinero o el tiempo necesario para renovar el guardarropa, es igualmente posible dar un aire de nuevo al del año pasado, cortando las faldas a diez centímetros del bajo, cosiendo esa franja de diez centímetros a un forro y éste a la cintura de la falda primitiva. Así, con poco trabajo y poco gasto, se obtendrá la línea túnica que caracteriza la moda de este invierno.